

Un cuento: “No queremos inmigrantes”

Esteban Tabares

Secretario de «Sevilla Acoge»

Cuando los prejuicios se instalan en el imaginario social, difícilmente se pueden erradicar. Eso es lo que está sucediendo por desgracia en nuestro país con respecto a los inmigrantes: mucha gente los hace culpables de casi todo lo malo que pasa aquí. Son personas que casi siempre comienzan sus argumentos diciendo: «Yo no soy racista, pero es que...». Y comienzan a lanzar un rosario de «perros» que sólo son estereotipos y frases hechas que repiten sin contrastar con la realidad y sin el sentido común más elemental.

También hay dirigentes políticos y del mismo Gobierno y escritores de reconocido nombre que repiten los mismos prejuicios, aunque de una manera más elaborada y con una clara intencionalidad contra la inmigración. Culpabilizar y criminalizar a los extranjeros pobres (les llaman «los ilegales») está en su discurso frecuentemente. Grave riesgo ese de hacer política con la inmigración en lugar de hacer una política de inmigración justa, solidaria y acorde con los Derechos Humanos de los que tanto nos vanagloriamos.

En este ambiente enrarecido puede venirnos bien un cuento que oí narrar hace unos días. Y no olvidemos que es un cuento, una parábola de la vida y no un análisis económico lleno de rigor. Se trata de una narración simbólica para extraer una reflexión positiva.

ERA LA NOCHE de Navidad y en todas las casas se disponían las familias para celebrar la Nochebuena. De pronto, en el silencio de la noche, se oyó un fuerte ruido en la calle. Algunas personas se asomaron con miedo a sus ventanas y vieron a un grupo de hombres encapuchados que habían tirado varios adoquines contra el escaparate de un bazar y pintaban con una brocha en la pared: «¡Fuera extranjeros!»... «España para los españoles»... El bazar era propiedad de un inmigrante marroquí, que se había instalado en el barrio siete años atrás y vivía en un piso cercano con su mujer y tres hijos que estudiaban en el colegio allí mismo.

La gente, muy asustada, corrió las cortinas o cerró sus v Brasil de donde habían venido hace muchísimos años. El té cogió un vuelo charter para la India, Camerún y Ruanda. Los collares de diamantes sacaron vuelo para Sudáfrica, Sierra Leona y el Congo. Los anillos y otras prendas de oro se fueron muy irritados también a Sudáfrica. Las telas de algodón prepararon su pasaporte para Egipto y las de seda para China. Toda la ropa vaquera se largó a Estados Unidos.

La carne, muy enojada, hizo sus maletas para Argentina y las bananas para Guatemala, Colombia y Nicaragua. El maíz y las patatas se repartieron por todos los países de Latinoamérica, donde habían nacido sus tatarabuelos. El cobre se fue a Chile y el níquel a Nigeria... Y así, poco a poco, cada cosa se marchó a su país de origen. El bazar se iba quedando casi vacío.

La gente del barrio volvió a asomarse a sus ventanas al sentir tanto movimiento en la calle de extranjeros que se largaban tan enfadados. Se reían de ellos y se encogían de hombros diciendo: «¡Bueno, que se vayan! Aquí tenemos de sobra y nuestras fábricas producen de todo»...

En ese mismo momento, el fuego de sus cocinas se apagó: la comida se estropeó y sus hornos dejaron crudo el pavo, pues el gas se marchó volando a Argelia. Así que tuvieron que pedir urgentemente en todos los hogares una tele-pizza, pero les contestaron que el servicio había quebrado: ¡todas las pizzas se habían ido a Italia sin avisar!

Dispuestas a no quedarse sin la cena navideña, muchas familias cogieron sus coches para ir a algún restaurante que quedase abierto, pero... ¡no había gasolina en sus depósitos ni en las estaciones de servicio!... El petróleo se fue a Venezuela y al Golfo Pérsico. Además, los coches habían quedado hechos una birria: el caucho de las ruedas también se había ido a su país y las carrocerías parecían de chicle, pues el aluminio, el hierro, el plástico, etc. ya no estaban tampoco.

¡Vaya Navidad!... Casi desesperados, con mucha hambre y aburridos, unos conectaron el ordenador para pasar el tiempo con un video-juego; otros marcaron mensajes en sus teléfonos móviles. Pero tampoco pudieron hacerlo: nadie sabía que tales mecanismos funcionan con un mineral llamado coltán, que fue el primero en irse al Congo, de donde lo habían traído recientemente. Además, estos utensilios tan modernos ya habían reservado billete para Japón, Taiwan y Tailandia.

«¡Bueno, no pasa nada! Encendamos la chimenea de leña y cantemos «Noche de Paz»... se dijeron unos a otros para animarse. Mas ni siquiera eso pudieron cantar: el villancico había regresado a Austria a vivir en la casa de su compositor. Entonces, aquella gente de aquel barrio miró con lágrimas de arrepentimiento la pintada en la pared del bazar: «¡Fuera extranjeros!»... y pensaron que no debieron haber permitido a aquellos brutos hacer tal barbaridad.